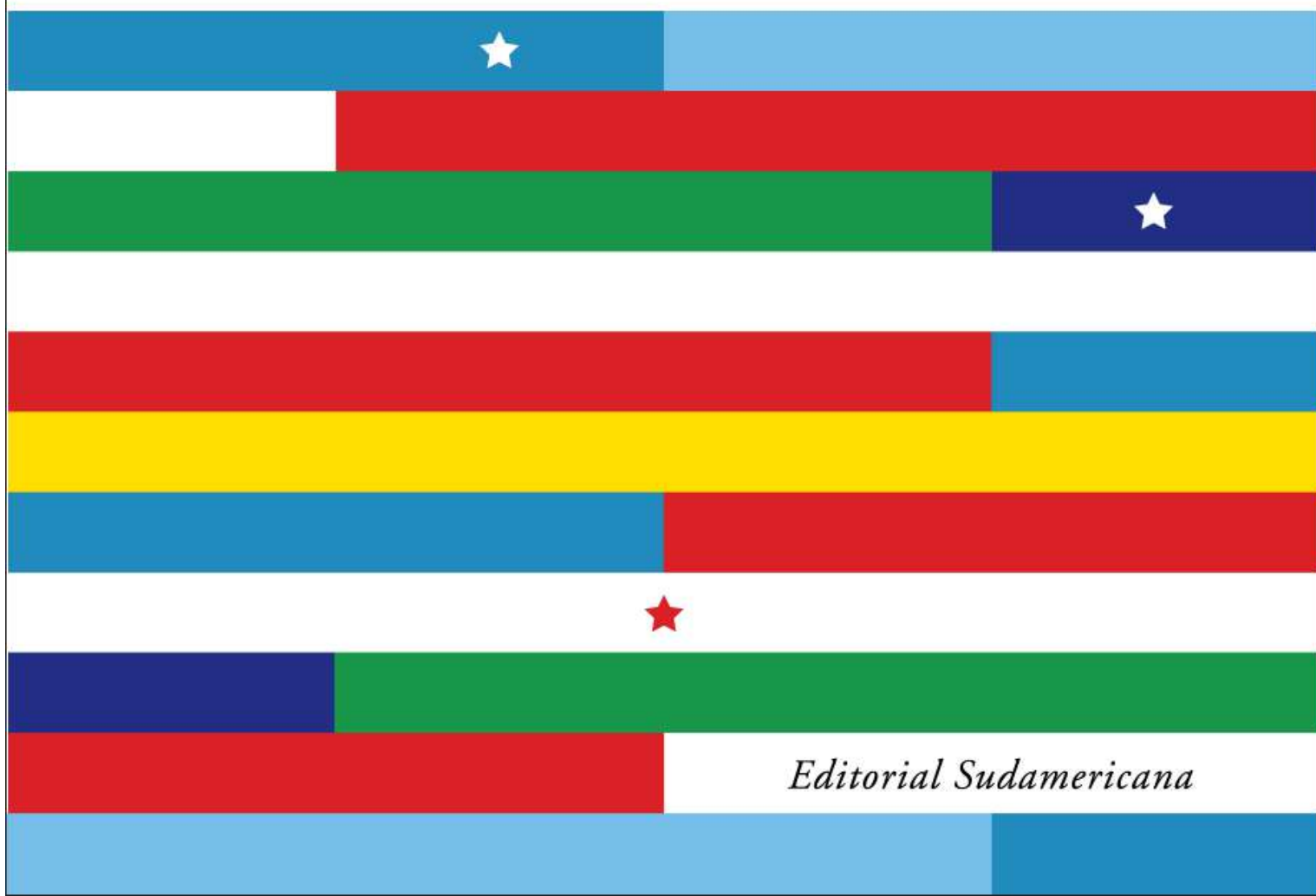


José Carlos Chiaramonte • Carlos Marichal  
Aimer Granados (compiladores)

# CREAR LA NACIÓN

LOS NOMBRES DE LOS PAÍSES DE  
**AMÉRICA LATINA**



*Editorial Sudamericana*

José Carlos Chiaramonte, Carlos Marichal y Aimer Granados  
(compiladores), *Crear la nación. Los nombres de los países de América Latina*,  
Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2008, 384 p.

## EN TORNO AL NOMBRE DE UNA NACION: HAITI

Guy Pierre<sup>465</sup>

Es un hecho admitido que el nombre de un país o de una región remite a una muy larga historia y define, por tanto, fuertes vínculos de hermandad entre los nativos, aunque por razones múltiples puedan existir graves conflictos y dissentimientos entre éstos. Es, por consiguiente, una condensación de un conjunto complejo de signos y valores diversos así como de símbolos, de rasgos etno-históricos, y sobre todo de luchas y experiencias comunes por el desarrollo y la defensa del territorio en el cual se encuentran los habitantes de ese territorio. Puede cambiar con el tiempo, pero expresa siempre profundos hechos históricos y socio-culturales, es decir importantes fenómenos de identidad. O, mejor dicho, fenómenos que permiten a los habitantes o nativos del espacio socio-territorial considerado, identificarse como un mismo pueblo y diferenciarse, a la vez, de todos aquellos que habitan otros espacios geográficos.

Estas observaciones sugieren cuán difícil es entender en términos reales el significado histórico del nombre con el cual los pueblos se identifiquen, especialmente en aquellos espacios geográficos que han sido “absorbidos” violentamente en algunos momentos por naciones muy potentes, o sometidos durante varios siglos o varias décadas a un sistema de colonización o de protectorado. En estos últimos casos, se trata de “nombres” que reemplazan a otros que fueron impuestos por potencias colonialistas e imperialistas, como es el caso de los nombres de muchas de las naciones del Caribe. En efecto, todas las islas fueron testigos al inicio del siglo XVI de un gran evento: España y Portugal les impusieron a ellas, con espada en mano, un “nuevo nombre”.<sup>466</sup> Algunas de ellas conservaron el mismo “nombre hispánico” durante largo tiempo pero en otros casos

---

<sup>465</sup> Profesor de historia económica en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM).

<sup>466</sup> Al respecto se recuerda como ejemplo que, a su llegada en el Caribe, los españoles impusieron a el nombre de Cuba a la isla que los nativos llamaban “Bohío”, los nombres “La Juana” y “San Juan Bautista”; a Puerto Rico que se apellidaba por los habitantes primigenios “Isla Borinquen”; y a Jamaica que según una cierta consonancia se escribía de esta manera “XAYMACA” el nombre “Isla de Santiago” o “Santiago de Jamaica”.

recibieron u adoptaron otro nombre a raíz de los conflictos que España experimentó durante los siglos XVII y XVIII con otras demás potencias de Europa y que terminaron, tras arduas batallas y el rechazo por los gobiernos de Francia e Inglaterra del Tratado de Tortedesillas (1494), con el reconocimiento por Madrid de la soberanía de estas potencias sobre las islas en disputa. .

Este fue el caso, por ejemplo, de Haití que representa territorialmente casi una tercera parte de una de las grandes islas del Caribe, a la cual los españoles impusieron a el nombre de “Española” o “Hispaniola” a fines del siglo XV, aunque - según algunas fuentes-los primeros habitantes o indígenas la identificaban con el nombre: “Haití”, o, según otras, “Quisqueya”<sup>467</sup>. La cuestión del nombre que llevaba cada territorio de la región es sujeto a ciertas especulaciones y discrepancias, como en el caso que nos ocupa, en especial por la temprana desaparición de la población indígena local. Pensamos retomar este problema más adelante. Conviene de momento volver de preferencia al punto central que nos ocupa, y señalar que la delimitación territorial de la Isla “Española” se constituyó jurídicamente en 1697 con el Tratado de Ryswiwick, con lo que la parte occidental pasó a ser propiedad de Francia que le puso el nombre de “Saint Domingue”, mismo que fue cambiado el primero de enero de 1804 por el de “Haití” término adoptado por los comandantes militares del ejercito insurgente y triunfante de los antiguos esclavos negros.

Es importante señalar en seguida que el principal documento histórico disponible -el “Acta de Independencia”- que manifiesta la fundación de esta nación, no indica explícitamente o de manera formal que el nombre de Saint-Domingue haya sido cambiado por el de Haití. Tampoco lo indica la proclamación que unos tantos generales adoptaron antes del primero de enero de 1804, la cual ha sido puesto de lado hasta la fecha por los historiadores aunque era el antecedente formal de la independencia de la colonia<sup>468</sup>. Este problema en el cambio de nombre se observa, o mejor dicho se deduce de la declaración que dirigió Dessalines al pueblo el mismo día en que se dio lectura del primer documento

---

<sup>467</sup> Al parecer, tanto “Haití” como “Quisqueya” se escribían con una ortografía diferente, es decir: “Ayti” y “Quisqueia”.

<sup>468</sup> Se volverá a hablar más adelante de esta primera proclamación que fue adoptada en la ciudad de Fort Dauphin el día 22 de noviembre de 1803.

mencionado. Dicha declaración está registrada en la historia del país como la “Proclamación del general en jefe al pueblo de Haití”. Constituye pues, junto con el primer instrumento mencionado, el documento principal en el cual se puede basar para entender el significado del apelativo Haití en términos históricos, o, dicho de otra manera, para explicar porqué los dirigentes de la guerra de independencia optaron por adoptar por unanimidad este nombre y no otro. Existen distintas hipótesis respecto a esta cuestión. De allí la necesidad de revisar la bibliografía existente, que es precisamente el objeto de este trabajo.

Analizamos en las páginas que siguen los principales ensayos de carácter científico que estudian la fundación del Estado haitiano el primero de enero de 1804, leyéndolos de acuerdo con el grado de interés analítico que los mismos asignan de manera formal al cambio del nombre de la antigua colonia. Se organiza el texto en torno a tres grupos de obras: un primer grupo que reúne los trabajos que enfocan, según unos criterios “clásicos” de análisis, el problema que nos ocupa; un segundo conjunto de textos que incluye algunas publicaciones especiales en cuanto al método de plantear el estudio de los orígenes y el significado del nombre de las naciones contemporáneas; y una última selección de obras que sugiere que para entender el cambio en el apelativo de la ex-colonia francesa del Caribe al de Haití (en vez de conservar sencillamente el de Saint-Domingue), se debe remitir al análisis simultáneo de las distintas coyunturas críticas que se sucedieron en Francia y en la colonia durante el corto periodo de 1791-1803. En otras palabras, es necesario remitirse al análisis de los factores políticos que forzaron la guerra por la independencia de la colonia a radicalizarse de manera extrema, y al análisis de los factores que ayudaron a los antiguos esclavos negros a mantener un papel hegemónico en esta nueva alianza específica que se fraguó entre los oficiales mulatos y ex – esclavos, inmediatamente después de la caída de Toussaint-Louverture en 1802<sup>469</sup>.

Se adopta este enfoque con el doble fin de observar cómo la historiografía haitiana considera los orígenes y el significado del nombre del país y señalar el alcance y los límites de estos planteamientos. Así pues, se advierte que nuestro estudio presenta muchas

---

<sup>469</sup> Ver Carolyn Fick, «*La résistance populaire au corps expéditionnaire du général Leclerc et au rétablissement de l'esclavage à Saint-Domingue (1802-1804)* », en Y. Benot y M. Dorigny, (coords.) *Rétablissement de l'esclavage dans les colonies françaises. Aux origines de Haïti*. Paris, Maisonneuve et Larose, 2003.

dificultades metodológicas y analíticas pero, aún así, concluimos el trabajo poniendo énfasis en dos propuestas analíticas. En primer término se argumenta que este nuevo nombre creó y asentó de manera brusca y sólida una conciencia nacional e identidad común entre segmentos étnicos de orígenes socio-culturales distintos que aun sufren en cierta medida de profundos problemas ideológicos: grupos, a quienes además el sistema capitalista naciente negaba el estatuto de “ser humano, de acuerdo con los fundamentos filosóficos generales de la época y los fundamentos en particular del Código Negro de Colbert, y por tanto negaba una nacionalidad determinada como pilar del equilibrio psico-sociológico y de identidad<sup>470</sup>. En segundo lugar, concluimos que con este nuevo nombre los hombres de 1804 enriquecieron la noción de libertad que la revolución francesa de 1789 elaboró, lo cual ofrece un marco de referencia histórica más amplio que el habitual para el análisis del concepto teórico de “soberanía nacional” en los países periféricos. Ello permite una crítica al hecho de que la historiografía latinoamericana y universal tiende tradicionalmente a considerar a la independencia de Haití como una “anomalía” o un “hecho marginal” a la historia universal cuando, en realidad, es un elemento de referencia o el punto de partida fundamental, que -junto con la independencia de los Estados Unidos y de los países iberoamericanos- se inserta en el amplio abanico de independencias americanas al inicio del siglo XIX.

### **Las obras “clásicas” y el nombre de “Haití”**

Desde principios del siglo XIX hasta fechas más recientes se han publicado un número importante de obras que se refieren al cambio del nombre de la colonia de Saint-Domingue, pero sin que éstas tengan por tópico central este tema. La publicación de dichas obras puede ser ubicada de manera arbitraria en dos periodos de tiempo: 1800-1950 y 1950-2005. Las que aparecieron en el primer periodo temporal son casi todas- con excepción del gran libro de C.L.R. James *Les Jacobins noirs* (publicada por primera vez en 1936)- de carácter narrativo y descriptivo, poniendo énfasis en las grandes batallas de la independencia del país y destacando en un lenguaje lírico el papel de las principales figuras

---

<sup>470</sup> Ver la introducción en Benedict Anderson, *L'imaginaire nacional*. Paris, La Découverte 1996.

militares y civiles.<sup>471</sup> En cambio, las obras que aparecieron a partir de los años cincuenta adoptan distintos cuños metodológicos: mientras algunas como, por ejemplo, el libro de Laurent Dubois, *Les vengeurs du nouveau monde* (2005)<sup>472</sup>, continúan apegándose a los viejos métodos de análisis histórico, otras se enmarcan en cambio en los nuevos criterios de análisis histórico que surgieron con la Escuela de los Annales u otras escuelas que introdujeron nuevas metodologías de trabajo histórico. Sin embargo, existen también sendas diferencias entre estas últimas: al igual que la obra ya citada de James, algunas de ellas adoptan el método marxista de análisis histórico, como en el libro de Etienne Charlier, *La formation de la nation haïtienne* (1954), y el de Benoît Joachim, *Les racines du sous-développement en Haïti* (1979), mientras otras recurren a un tipo de análisis ecléctico.

A pesar de sus diferencias, estas obras tienen en común un elemento importante: sugieren, desde una misma perspectiva analítica, ciertas pistas para ir indagando el significado del nombre de Haití y el motivo por el cual el mismo fue adoptado de manera unánime en 1804 por los actores políticos. En efecto, todos estos estudios parten del supuesto que antes de la llegada de los españoles en 1492 la isla se llamaba “AYTI” (Haití) y que Dessalines y sus generales hubieran decidido adoptar dicho nombre. Existe pues poca diferencia entre aquellos que se reclaman marxistas (Etienne Charlier y Benoît Joachim) y aquellos que recurren a otros métodos teóricos. Eso significa que al igual que Charlier y Joachim, el conjunto de estos historiadores interpretan la adopción del apelativo Haití como un acto normal de re-adopción del “nombre originario” o indígena<sup>473</sup>. Sin embargo, cabe subrayar que Joachim se desmarca mucho en sus reflexiones de varios de estos autores; no asocia en efecto la re-adopción del supuesto nombre originario con la noción de “venganza” tal como puede notarse en varios trabajos clásicos y en el reciente libro de Laurent Dubois.

El considerar la re-adopción del antiguo nombre indígena como un acto histórico normal fue el planteamiento de Thomas Madiou, quién figura en la historiografía haitiana

---

<sup>471</sup> Véase la traducción al español de C.L.R. James, *Los Jacobinos negros*. FCE-TURNER, 2003.

<sup>472</sup> Laurent Dubois, *Les vengeurs du nouveau monde*. Paris, Ed. Les Perseïdes, 2005.

<sup>473</sup> Charlier Etienne, *Aperçu sur la formation historique de la nation haïtienne*. La Nation, Presses Libres; Joachim Benoît, *Les racines du sous-développement en Haïti*. H. Deschamps, 1979, p. 46.

como el primero historiador del país con su magna obra en tres volúmenes, *Histoire d'Haïti*<sup>474</sup>, publicado por primera vez en 1817. Ese es también la postura del segundo pionero de la historiografía haitiana, Beaubrun Ardouin, en tanto que al referirse a esta cuestión en el tomo 6 de su impresionante obra de 12 volúmenes, habla de “restitución” de nombre<sup>475</sup>. Más de un siglo después, encontramos la misma opinión en el libro de Dantès Bellegarde “*Histoire du peuple haïtien*”. Pero ninguno de los autores mencionados, enfatiza tanto el argumento como Madiou quien, además, se refiere a un punto que los demás no desarrollan de manera muy abierta. En efecto, asocia el nombre “Haïti” con la noción de libertad. O sea, según Madiou, la adopción del nombre se vinculaba con el hecho de que los antiguos esclavos y los jefes revolucionarios quisieran marcar una ruptura total con el pasado inmediato y reconstituir al mismo tiempo la memoria histórica de los primeros habitantes de la Isla.<sup>476</sup> Sostiene esta opinión con base en el argumento de que los habitantes primigenios del país fueron exterminados porque quisieron defender su libertad<sup>477</sup> y que los actores políticos de 1804 y toda la masa de los antiguos esclavos deseaban homenajearlos.

Como se verá más adelante, este planteamiento puede contener muchas deficiencias teóricas o no ser suficientemente contundente para explicar o fundamentar los problemas psico-sociológicos e históricos que en el nombre “Haïti” subyacen, pero aun así muchas obras clásicas o recientes lo retoman, como es el caso de Charles Frostin por ejemplo en *Les révoltes blanches à Saint-Domingue aux XVIIe et XVIIIe siècles*.<sup>478</sup> De hecho, cabe notar que es esta interpretación la que se enseña en las materias de historia en las escuelas de nivel primario en el país actualmente. Millones de niños haitianos aprenden aún la historia de la Guerra de Independencia con base en este enfoque que se divulga en el muy conocido manual de J.C. Dorsainvil: *Histoire d'Haïti*<sup>479</sup>. Ello indica cuán necesario es considerar algunas de las obras recientes que abordan este problema desde otras perspectivas novedosas. Ello es urgente porque en el programa oficial de bachillerato en el

<sup>474</sup> Thomas Madiou, *Histoire d'Haïti*. Port-au-Prince, H. Deschamps, 1988, 7 vols.

<sup>475</sup> Beaubrun Ardouin, *Etudes sur l'histoire d'Haïti*. Paris, 1853-1860, 12 vol., primera edición, Tomo 6, p. 7.

<sup>476</sup> Thomas Madiou, ob.cit., vol. III, 1803-1807; p. 131.

<sup>477</sup> Id.

<sup>478</sup> Charles Frostin, *Les révoltes blanches à Saint-Domingue aux XVIIe et XVIIIe siècles*. Paris, Editions l'Ecole (CNRS), 1975, p. 41.

<sup>479</sup> J.C. Dorsainvil, *Manuel d'histoire d'Haïti*. Port-au-Prince, Imprimerie H. Deschamps, Haïti.

país, el examen de la materia “Historia de Haití” gira cada año lectivo en torno al estudio del periodo durante el cual la parte occidental de la Isla Española o Hispañola cambió de nombre a raíz del colapso del sistema colonial en 1791-1803. Conviene, sin embargo, advertir en seguida que entre estas obras novedosas lamentablemente no se puede incluir el nuevo manual de “*historia y de educación cívica*” que publicó hace apenas unos cuatro años la socióloga e historiadora Michèle Oriol. Dicho manual es una obra de referencia obligatoria en cuanto al estudio del largo periodo 1492-1803, y es muy probable que pronto reemplace en las clases de ciclo primario el ya mencionado “librito” de Dorsainvil, tan claro en términos didácticos y tan polémico en términos teóricos. Pero a decir verdad, a pesar del nuevo toque metodológico que Oriol trata de imprimir al estudio de este periodo, su manual no ayuda mucho a avanzar en el problema que nos ocupa. Eso se debe en cierta medida a que Oriol no se interesa especialmente por escudriñar los orígenes y el significado profundo del nombre Haití. Prefiere quedarse atrapada, en una situación ambigua en cuanto al análisis general de este tramo, con el pretexto de reinterpretar con objetividad este tramo nacional; es decir, navega entre la historia de los de abajo en Saint-Domingue y la de los colonizadores franceses, pero sin ocultar un cierto desprecio con respecto a los antiguos esclavos aunque sean de origen haitiano.

### **Las obras “novedosas” y la interpretación del nombre de “Haití”**

Otros autores manifiestan, en cambio, una posición mucho más clara en cuanto al análisis del problema que venimos estudiando. Entre ellos conviene mencionar en primer lugar al historiador norteamericano David Patrick Geggus con su trabajo “*Haitian revolutionary studies*” (2002), a Jacques Barros con su libro “*Haiti: de 1804 à nos jours*”, al historiador polaco Tardeuz Lepkowski con su impresionante obra *Haití*, publicada en 1968, y a Bob Corbett autor de “*The Haitian revolution of 1791-1803*”<sup>480</sup>. Se podría agregar también a Carolyn Fick, aunque el trabajo de esta autora “*The making of Haiti*” no aborda de manera específica la cuestión del nombre de “Haití”; no obstante también ofrece un gran interés ya que, al igual que Barros y Corbett, delinea pistas para entender de la complejidad del tema de porqué la ex -colonia francesa no conservó su nombre y al final

---

<sup>480</sup> El trabajo de Corbett se encuentra en la red. [www.webster.edu](http://www.webster.edu)

recibió el de Haití. Algunos otros trabajos recientes también tratan este problema, pero sólo el de Patrick Geggus lo hace de manera directa y con un rigor notable. .

Analicemos, por tanto, más de cerca la aportación que hace Geggus en cuanto al establecimiento de los orígenes del nombre Haití. Advertimos, en primer término, que estructura su libro de una manera enteramente distinta a la de los demás autores ya que no se encierra en un análisis cronológico de la Guerra de Independencia para dejar para el final el problema en debate. Al contrario, lo enfoca en un capítulo entero que él titula: “*The naming of Haiti*” en el que deja de lado el método de análisis clásico que varios trabajos (incluso el de Madiou) habían utilizado para abordar esta problemática, que consistía en afirmar a secas, que el primero de enero de 1804 se resolvió modificar el nombre de Saint Domingue, adoptando el de Haití. Los viejos trabajos mencionados no investigaban a fondo los orígenes de este nombre y tampoco se preguntaban cómo los ex –esclavos negros y los generales negros y mulatos tenían la información suficiente para homenajear a los primeros habitantes de su país. Recordemos en este sentido que los indios-nativos habían sido casi totalmente exterminados por los españoles al momento en que los colonizadores franceses y europeos habían empezado a trasladarlos desde África hacia la parte occidental de la Isla Española. Asimismo es claro que las tradiciones populares de los indígenas “Tainos” habían desaparecido antes del periodo de la independencia. Geggus cuestiona todos estos planteamientos y expresa fuertes dudas respecto a ellos, optando por elaborar un sistema de cuestionamiento más complejo con el fin de determinar los orígenes históricos y el significado de este nombre.

A decir verdad, Geggus no llega a contestar de manera totalmente satisfactoria a las preguntas que él mismo formula en torno a esta cuestión; tiene, sin embargo, el mérito de indicar que se requiere tomar en cuenta varios parámetros lingüísticos y etno-culturales así como distintos elementos histórico-demográficos y raciales para analizar el “*naming of Haiti*”. Todo ello lo realiza con base en muchas fuentes. Geggus cree que para entender el sentido histórico de este nombre y el porqué los generales-fundadores de la nación lo escogieron de manera unánime se debe primero investigar sus orígenes etimológicos. Sin embargo, propone en seguida respecto a este nuevo planteamiento metodológico que se

descarta la posibilidad que éstos actores políticos hubieran recurrido a una palabra africana para componer o forjarla ellos mismos; y ello aunque la consonancia de la primera sílaba “Hai” de este nombre se parece mucho a la de la palabra “Ayi” en el idioma africano “Fon”, el cual dicho de paso ha tenido una fuerte influencia en el vocabulario del vudú haitiano. Para Geggus, el nombre “Haití” había sido transmitido en el país desde el siglo XVI mediante fuentes escritas y es probable que resultase de una adaptación morfológica y ortográfica del término “Ayiti” que varios pobladores indios y Tainos probablemente utilizaban antes de la llegada de los españoles. Pero el historiador advierte, al mismo tiempo, que, aunque el padre Bartolomé de Las Casas sostuviera en sus memorias que la isla llevaba el supuesto nombre aborigen “Haití” o “Ayiti”, Colón nunca utilizó este término en sus escritos. Tampoco, lo usaban Dessalines y los generales negros ya que muchos de ellos se expresaban sólo en “creole”. Todo ello lo lleva a apuntar con cautela la posibilidad de que fuera la élite de color que hubiere desempeñado un papel determinante en la elección del nombre y también en su elaboración como concepto lingüístico ya que muy probablemente dicho nombre se utilizaba en las fuentes literarias.

En cuanto al papel que los antiguos esclavos negros hubieran tenido en su difusión y elaboración, Geggus lo explica por los contactos que éstos habrían tenido con los pocos indios de ascendencia Taino y de cultura Arawak que pudieran haber sobrevivido<sup>481</sup> a las matanzas emprendidas por los españoles y que probablemente seguían utilizando esta palabra, cuyo origen remonta, según las crónicas de Pedro Mártir de principios del siglo XVI, a la época de los Tainos.

Los argumentos de Geggus se basan en un excelente método de análisis histórico pero muchas de las fuentes que él cita en apoyo a sus tesis no son necesariamente muy fiables. Ello lleva al mismo historiador a generar ciertas dudas en cuanto a las hipótesis y argumentos que viene proponiendo de un párrafo, lo cual obliga a contrastarlos con los

---

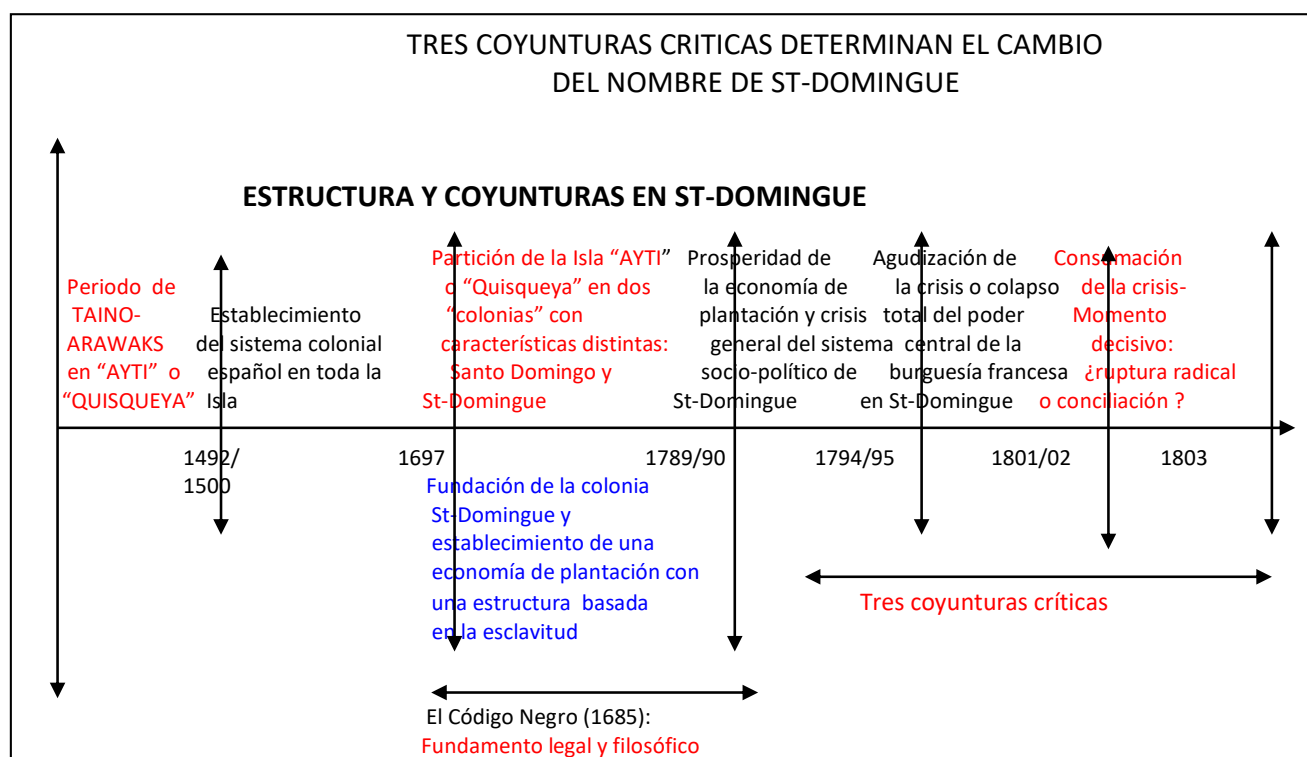
<sup>481</sup> En efecto algunos autores dejan entender con base en varios documentos de archivos y excavaciones arqueológicas que existían aún algunos sobrevivientes de la población indígena en la Isla “Hispanola” o “Ayiti” cuando los primeros esclavos negros llegaron por primera vez en Santo Domingo en el año 1502, lo que tiende a justificar la tesis que muy probablemente se repetía de manera frecuente, por lo menos en algunos sectores reducidos del sistema económico de plantación de St-Domingue, el antiguo nombre indígena de la Isla.

argumentos tradicionales que autores clásicos y escritores contemporáneos como Madiou, Ardouin, Bellegarde o Dubois sostuvieron respecto a este debate.

### **Un nombre forjado por la agudización de la coyuntura de 1802-1803**

Conviene ahora prestar una atención especial a los trabajos que se ciñen a la coyuntura crítica de 1802-1803, la cual marca no sólo la consumación de la guerra por la independencia de la colonia sino también el fin de todos los intentos que diversas fracciones importantes de la clase de los colonos blancos-propietarios venían ejerciendo para mantenerse en el poder desde el decreto que la Convención en Francia había adoptado el 28 de marzo de 1792, el cual tenía como objetivo reconocer la igualdad política entre blancos y mulatos. Se sabe, por otro lado, que esos grupos de propietarios-blancos buscaban colocar la colonia bajo el dominio de otra potencia rival de Francia, como Inglaterra o España, por ejemplo, o promover un proceso de independencia según el modelo norteamericano, que no había abolido la esclavitud. Es decir, tenían la intención de lograr la independencia de la colonia de Francia pero sin proceder a ningún cambio social fundamental, y deseaban resstablecer e imponer el sistema de esclavitud que la *Convención* se había visto forzada a suprimir bruscamente en agosto de 1793. Dicha abolición en la colonia se produjo a consecuencia de la situación explosiva que había surgido por efecto de los sublevamientos sistemáticos de los esclavos a partir del mes de agosto de 1791 y las reacciones violentas de los blancos –propietarios de esclavos o no- a raíz de la publicación en la misma del citado decreto del 28 de marzo (Véanse *Gráficos Ay B*).

Gráfica A



Este planteamiento indica cómo desde el periodo crítico de 1791/92-1793/94 la colonia ya se encaminaba a enfrentarse a un problema crucial: ¿mantener o cambiar su nombre? La primera posibilidad se descartó muy pronto a finales de 1794 a partir de las revueltas de los propietarios-blancos y los intentos de Inglaterra de apoyarse en éstos para ocupar la colonia. En efecto, si bien esos dos actores políticos así como los propietarios-mulatos (que también intrigaban) <sup>482</sup> fracasaron o no llegaron a consumir sus respectivos propósitos, forzaron a la Convención Francesa y al gobierno jacobino de Robespierre, a tratar de salvar o conservar la colonia con unas medidas políticas radicales. (Véase Gráfico B). Pero a causa de las mismas circunstancias y en particular de los profundos y seculares

<sup>482</sup> C.I.L James, ob. cit., pp. 150-158.

problemas sociales que el sistema de esclavitud planteaba, estas medidas radicales iban a fortalecer a contrario la rebelión de los ex-esclavos y ayudarles al mismo tiempo a imponer y mantener su hegemonía a raíz de la amplia alianza que los generales negros y mulatos establecerán después de la caída de Toussaint en 1802. Ello llevó a la colonia, de manera inexorable, a separarse de Francia. El ciclo revolucionario que había estallado en este país en 1789- y que por su naturaleza podía seguir alimentando muchas “ilusiones” en cuanto a su destino en la conciencia de los ex-esclavos- concluyó con el establecimiento del Directorio<sup>483</sup> en 1794/95 (*Ver Gráfico B*). A partir de entonces, se hizo evidente que la colonia debía de cambiar de nombre, pero todavía no era nada claro que este nombre debía de ser forzosamente “Haití” y no otro. (*Ver Gráfico A*).

En otras palabras, a pesar de que casi todos los historiadores tradicionales –con excepción desde luego de los colegas dominicanos- sostienen que la isla se llamaba “Ayiti”, las fuentes disponibles no permiten sostener este punto de vista. Permiten justificar, en cambio, la segunda vertiente de esta hipótesis: es decir, que Dessalines y sus generales se vieron obligados a escoger un nuevo nombre entre el 18 de noviembre de 1803 y el primero de enero de 1804 pero no un apelativo sin alcance histórico o un simple “nombre-venganza” (Dubois, 2005) sino un nombre significativo. Se trataba, por lo tanto, de adoptar un *nombre-ruptura*, símbolo de un largo periodo anterior de libertad, de quiebre del sistema económico de plantación y expresión, al mismo tiempo, de afirmación racial, de nacionalismo y sobre todo capaz de permitir a masas enteras de gentes oriundos de varios lejanas y dispersas comunidades étnicas identificarse con el “espacio de traslado” (la colonia) y adoptar en común una misma nacionalidad como expresión de este sentimiento innato que impregna el espíritu de todos los hombres<sup>484</sup>. Había necesidad de buscar un nombre capaz también de reparar para siempre más allá de una sencilla idea de venganza los profundos daños psicológicos que la Trata (*Trata de negros*) había provocado.

---

<sup>483</sup> Sabine Manigat, «Le régime de Toussaint Louverture en 1801: un modèle, une exception », en Y. Benot y M. Dorigny, ob.cit., pp. 109-126.

<sup>484</sup> Respecto a este problema de “sentimiento innato” que se refiere en concreto al hecho que el hombre moderno o cada hombre en particular busca y lucha por tener una “nacionalidad”, véase a Benedict Anderson, ob. cit., p.18; título original en inglés: *Imagined communities*, Londres, Ed. Verso, 1983.

El método de análisis que el historiador Lepkowski, al igual que James o Barros, adopta en sus estudios puede servir de referencia para evaluar estas hipótesis. Considera de manera particular la coyuntura de 1802-1803 e indica que el significado del nombre Haití se relaciona con la agudización de la lucha por la independencia a fines del mes de junio de 1802, la cual llevó a los generales a renunciar o deshacerse de todo lo que traducía aún ciertas ataduras por su parte con las autoridades coloniales. Cambiaron el nombre de la capital que se llamaba Port Republicain (Puerto republicano) así como el de la ciudad Cap Français (Cabo Francés) y el de la localidad Fort Liberté.<sup>485</sup> Rechazaron, por otro lado, el calendario republicano y rediseñaron la bandera que venían utilizando y que no expresaba de manera muy clara sus propósitos de ir más allá que Toussaint por la presencia en la misma de una franja de color “blanco” y de los iniciales “R.F.”<sup>486</sup>

Huelga sugerir que probablemente los generales no hubieran asignado al país un nombre en homenaje a los indios Tainos, como la mayoría de los historiadores clásicos lo sostiene hasta la fecha, si Dessalines no hubiese renunciado a la primera proclamación de independencia del 22 de noviembre de 1803 que -dicho de paso- fue firmada sólo por tres generales: el mismo Dessalines, Christophe y Clerveaux. El general Petion no la firmó. A decir verdad, es en este punto que se aprecia realmente cómo el análisis de Lepkowski y de James permiten entender razones claves por la adopción del nombre “Haití” ya que la proclamación abortada podría llevado inexorablemente a los generales a buscar a plazo algún “arreglo” con la ex -potencia colonial y los antiguos propietarios blancos. El documento ya citado que preparó Charéron, a pedido de Dessalines, era de un tono muy moderado y conciliador pero la coyuntura de 1802-1803 exigía más, o sea: intransigencia y radicalismo al extremo<sup>487</sup>, y no una vez más esa mera venganza que Ardouin señala

---

<sup>485</sup> La ciudad Puerto republicano se cambió por “Puerto Príncipe”; Cabo francés en “Cabo” a secas, al inicio, y luego en “Cabo haitiano”; y Fort-Liberté en Fort-Dauphin.

<sup>486</sup> La franja de color « blanco » fue reemplazada por una de « azul », y los iniciales « R.F » por el lema: “liberté ou la mort” (libertad o la muerte). Cf. Lepkowski, *Haití*. La Habana, Casa de las Américas, 1968, 2 vols, p. 23; y C.L.R. James, ob. cit., p. 358.

<sup>487</sup> El término « radicalismo al extremo » significa acá, como se apunta más adelante en lo que remite a la nota 28, era la única manera para quebrar por completo y de manera definitiva el factor principal del sistema económico de plantación. O sea, era la única manera de evitar que St-Domingue cayera en un proceso involutivo como eso se dio en Guadalupe y otras colonias francesas en las Antillas.

también<sup>488</sup>, la cual como categoría jurídico-moral tampoco permite entender los imperativos que esta misma coyuntura impuso a los actores. El radicalismo era pues la única manera para mantener y preservar la unidad, lo que era fundamental para que la victoria sobre las tropas de Napoleón pudiese marcar no sólo la ruptura para siempre con Francia sino también la abolición definitiva en este territorio del complejo sistema económico de “plantación-esclavitud”. En esta perspectiva parece ser que el nombre de “Haití” permitió lograr todo aquello ya que -de acuerdo con todas las fuentes actualmente disponibles -fue aceptado espontáneamente de manera unánime, , por todo el pueblo y todos los generales, incluso Petion quien, para repetirlo, había encontrado un cierto pretexto<sup>489</sup> para no suscribir la proclamación abortada de Fort-Dauphin.

### **A manera de conclusiones generales**

Nuestra argumentación, incluidas las observaciones vertidas en el segundo párrafo de este trabajo, entra desde luego en el marco de un análisis hipotético, y por tanto es frágil. Debe poder ser demostrado. El historiador James pretendió haberlo hecho al afirmar de manera categórica en las conclusiones de su obra: “Para subrayar la ruptura con Francia, el nuevo Estado fue rebautizado con el nombre de Haití<sup>490</sup>”. Es muy probable que esta afirmación exprese mucho más la “pasión-objetiva” con la cual este autor estudia las hazañas de “*Los Jacobinos negros*” que una aproximación científica. Es por tanto deseable que se siga cuestionando las fuentes disponibles para interpretar con el rigor que Geggus utiliza para analizar el significado histórico de este nombre. De todas maneras, queda claro que la adopción del nuevo nombre del flamante Estado planteó automáticamente profundos problemas políticos así como cuestiones de carácter psico-antropológico y de anhelo nacionalista. Confirió en efecto, por un lado, a todos los habitantes del nuevo Estado una nacionalidad ayudándoles de esta manera a crearse una identidad común y a revalorizar el estatuto de la raza negra que el sistema capitalista naciente consideraba no sólo como una

---

<sup>488</sup> Geggus cita también en su mencionado trabajo la famosa frase de “Desalines” que se encuentra en el centro del libro de Laurent Dubois “I have avenged America”, ob. cit., p. 207. No lo presenta sin embargo como un factor clave de análisis.

<sup>489</sup> Cf. Lepkowski, ob. cit.

<sup>490</sup> C.L.R James, ob.cit., p. 340.

“máquina” generadora de “plusvalor” sino también como una “raza de paria<sup>491</sup>”. Por el otro, forzó a los dos grupos poblacionales negro y mulato (a quienes el Código Negro asignaba un estatuto inferior respecto al del blanco en la estructura social de la colonia) y entre quienes existían profundos dissentimientos de carácter socio-económico, a mantenerse solidarios entre ellos y a compartir un mismo destino. Esta unidad se tornó necesaria dado que la burguesía francesa quería reconquistar de una manera u otra la ex-colonia con el fin de reparar el “*error histórico*”<sup>492</sup> que la *Convención* acometió al abolir el sistema de esclavitud sin renunciar a los fundamentos principales de la revolución de 1789. También era esencial la unidad entre la población negra y mulato para asegurar la independencia, teniendo en cuenta que para la burguesía inglesa y la burguesía norteamericana (que intervinieron de manera determinante en contra Francia en las fases críticas de la guerra de independencia), la abolición de la esclavitud en la isla constituía una seria amenaza para sus sistemas económicos, por lo que se temía que podían intentar atacar e incluso quizás anexarse a Haití. Desde esta perspectiva, el nuevo nombre no sólo fue expresión de hazañas consumadas sino que marcó otro importante hito histórico en tanto abrió una gran brecha en las relaciones internacionales y obligó a las potencias capitalistas y colonialistas a admitir el principio de respeto a la soberanía de Estados menos desarrollados, aunque fueran poblados por “razas de color” y/o por comunidades étnicas. Simbolizó también un espacio de libertad y de igualdad reales para todos aquellos hombres que habían experimentado la sumisión al sistema colonial y a la economía de esclavitud, condiciones que la revolución francesa no pudo ofrecer en este periodo, a pesar de haber ratificado la declaración de los derechos del hombre en un horizonte que se suponía sin límites de libertad y de fraternidad.

---

<sup>491</sup> Se retoma acá una fórmula que utiliza Aimé Césaire en su libro: Toussaint Louverture *La révolution française et le problème colonial*, Paris, Ed. Présence Africaine, 1961.

Gráfica B

